



Comunicaciones académicas

Estrategia de seguridad en Groenlandia

Luis Feliu Bernárdez

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento, Moral y Legislación Militar

28 de enero de 2026

Desde el siglo XIX, Estados Unidos ha realizado varios intentos de comprar la isla de Groenlandia a Dinamarca. Como antecedentes, en 1867, los EE. UU. compraron Alaska a Rusia por 7 millones de dólares y el presidente Andrew Johnson pensó hacerlo con Groenlandia, pero no prosperó. En 1910 EE. UU. propuso a Dinamarca intercambiar Groenlandia por las Antillas Holandesas en Sudamérica y la isla de Mindanao, pero no tuvo éxito. En 1917, durante la I GM, compró a Dinamarca las Indias Occidentales Danesas en el Caribe, ahora conocidas como las Islas Vírgenes de EE. UU. En 1946, finalizada la II GM, y por razones de seguridad frente a la URSS, Truman ofreció 100 millones de dólares en oro a Dinamarca por Groenlandia, oferta también rechazada. No obstante, después de la creación de la OTAN en 1949, EE. UU. desplegó fuerzas norteamericanas en la isla en 1951 y así continúan hasta la actualidad.

En 2019 Trump intentó lo mismo, fracasando. Así se ha llegado a la segunda presidencia de Trump y aparece de nuevo en 2025 la propuesta sobre Groenlandia. Es decir, desde hace más de 150 años surge la oferta de compra de forma intermitente. Las razones no van solo en línea de defensa o seguridad militar, como durante la Guerra Fría, y no solo frente a Rusia, sino sobre todo frente a China. El concepto actual de seguridad incluye, además de la militar, el control de recursos

críticos, energía, economía, tecnología, es decir, más que geopolítica y empleo de la fuerza. La China de 2025 nada tiene que ver con la de hace una década y es un competidor extraordinario, no solo tecnológico, sino en el dominio mundial en la producción de minerales críticos donde controla el 90% de la producción.



Antes del despliegue norteamericano en 1951 y durante la II GM tropas estadounidenses desplazadas en Groenlandia evitaron el riesgo de una ocupación alemana de la isla. Durante la Guerra Fría la OTAN, a través de la presencia de EE. UU. en Groenlandia, continuó haciendo frente a posibles amenazas de la URSS. EE. UU. ha proporcionado seguridad contra posibles lanzamientos de misiles balísticos rusos contra su territorio y el canadiense mediante sistemas de alerta temprana desplegados en la isla. En cuanto al planeamiento operativo de la OTAN, Groenlandia, EE. UU. y Canadá forman parte del Grupo de Planeamiento Regional, que es independiente del Mando de Operaciones OTAN en Mons, Bélgica. Es más, en el área de operaciones de ese mando no se incluyen ni Groenlandia ni esos dos países.

Algo parecido sucede con Islandia, es miembro de la OTAN, pero no tiene Fuerzas Armadas. La Fuerza Aérea de los EE. UU. tiene una base aérea e instalaciones de vigilancia que se combinan con las norteamericanas en Groenlandia y también con las que tiene desplegadas en Escocia. Con ello los EE. UU. proporcionan seguridad a la OTAN y a ellos mismos, en ese arco de vigilancia formado por Groenlandia, Islandia y Gran Bretaña que incluye a las Islas Feroe, entre Escocia e Islandia, también territorio autónomo de Dinamarca. Como vemos, todas las rutas de salida del Ártico hacia el Atlántico están controladas por aliados OTAN y eso es un problema para China y Rusia hoy en día.

El valor estratégico de Groenlandia para la OTAN, y la responsabilidad entre Dinamarca y EE. UU. para defenderla, se redujo a medida que se desvaneció la Guerra Fría. Los planes de la OTAN para proteger el Atlántico Norte frente a la salida de fuerzas rusas por el corredor marítimo formado por Groenlandia, Islandia y el Reino Unido (*G/UK gap*) se abandonaron y, poco a poco, Washington redujo sus instalaciones de 17 a una, la base de Thule o de Pituffik, y su personal, de 10.000 a 200 militares en la isla.

Incluso cuando Putin invadió el Donbás ucraniano, y la amenaza rusa sobre otros países aliados del Este de Europa reemplazó a la del Pacto de Varsovia de la Unión Soviética, según el planeamiento operativo OTAN, ningún aliado, ni EE. UU., advirtió de un riesgo para Groenlandia, Canadá o EE. UU. Además, la apertura discontinua, no permanente, a la navegación del Mar Ártico ha añadido nuevas dimensiones geopolíticas y geoeconómicas a las tradicionales de seguridad y defensa pero, en todo caso, la adaptación de la OTAN al nuevo flanco ártico ha sido lenta y tardía.

Groenlandia no ha merecido una atención específica en las cumbres de la OTAN ni en sus documentos estratégicos. El Concepto Estratégico de la OTAN de 2022 no identificó Groenlandia, el Ártico, el mar del Norte o el océano Ártico como áreas de interés estratégico, a diferencia del Indo-Pacífico. Tampoco Groenlandia aparece expresamente en las declaraciones de las cumbres sobre la libertad de navegación en el Atlántico Norte (Vilnius, 2023), la entrada de Suecia y Finlandia en la OTAN (Washington, 2024) o la competición ártica con Rusia y China (Estrategia de Seguridad Marítima OTAN, 2025).

En ese contexto, el Consejo Ártico creado en 1996 en Canadá por ocho Estados que tienen territorio soberano dentro del Círculo Polar Ártico (Canadá, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega, Rusia, Suecia y EE. UU.) está actualmente en suspenso tras la invasión rusa del Donbás ucraniano y de Crimea. Curiosamente, después de la entrada de Finlandia y Suecia en la OTAN, más parece un Consejo Ártico OTAN-Rusia, pues salvo este país el resto son miembros de la OTAN. Además, hay doce países observadores, Alemania, Francia, Italia, Países Bajos y España, aliados de la OTAN, y China, India, Japón y Corea del Sur. A pesar de ello, la atención de estos países de la OTAN y de la UE hacia Groenlandia se ha disparado después de las declaraciones del Presidente de EE. UU.

Para antiguos responsables de defensa y seguridad en EE. UU., y firmantes de un documento sobre la presión norteamericana sobre Dinamarca, es preferible el diálogo y cooperación y no la imposición, concluyendo que perder un aliado como Dinamarca es «estratégicamente imprudente». Y lo indican porque Dinamarca, como fiel aliado, y Groenlandia, como territorio autónomo, han colaborado con EE.

UU. y la OTAN para defenderse de la URSS desde 1949, año de la firma del Tratado de Washington. Poco después, entre 1951 y 1953 evacuó y atendió a soldados estadounidenses heridos en la guerra de Corea, en 2001 fue el primer aliado en solicitar la activación del artículo 5 tras los atentados del 11 de septiembre en los EE. UU. y sus tropas combatieron junto a las norteamericanas en Afganistán e Iraq, sufriendo más bajas por habitante que EE. UU. Dinamarca ha participado en las misiones de EE. UU. contra el Estado Islámico.

En cuanto a su valor geográfico, Groenlandia parece tan grande por la deformación de la proyección esférica de la Tierra sobre el plano, proyección UTM, en las tierras cercanas a los polos. Sin embargo, es menos de la mitad que Rusia y solo el doble de España y Francia juntas. Por eso la Antártida parece inmensa, sin serlo, y Groenlandia, Alaska y los países escandinavos también. Observando que es grande, pero no tanto, el 80% de su territorio está dentro del Círculo Polar Ártico y por ello las condiciones de vida, supervivencia y operatividad en esa parte son extremas y lejos del adiestramiento operativo y equipo de la mayor parte de los ejércitos aliados, salvo los escandinavos.

Según los escenarios que se plantean en la OTAN, no existe un riesgo inminente o amenaza de seguridad en torno a Groenlandia, y para el que pudiera venir a corto o medio plazo de China y Rusia están desarrollando el Planeamiento Regional Norte, que ahora sí llevan a cabo. Por todo ello, ¿cuál es el riesgo para la seguridad nacional que alegan el presidente y la Administración estadounidenses? La Estrategia de Seguridad Nacional de 2025 norteamericana no incluye explícitamente términos como Groenlandia o Ártico, ni existe un capítulo específico, por lo que no explica qué amenazas concretas plantean Rusia y China a la seguridad nacional estadounidense en Groenlandia.

Otros documentos como la Estrategia Ártica del Departamento de Defensa de 2024, tampoco revelan una preocupación especial por Rusia o China en la zona, salvo la de su creciente cooperación en la región. EE. UU. afrontaba la seguridad ártica hasta 2024 desde una perspectiva de cooperación con Canadá, Dinamarca y la OTAN, con los países miembros del Consejo Ártico y las comunidades locales. Pero ahora lo hace desde una perspectiva de anexión (no deja de ser paradójico que a esa estrategia le preocupara que Rusia pudiera poner en peligro algún territorio aliado del Ártico). No obstante, Rusia es el país con mayor terreno soberano y costa en el Ártico, posee un 50% de su litoral y de la tierra circundante, donde reside el 60% de su población y la mayor parte de infraestructuras.

Por lo tanto, si no hay una amenaza militar inmediata sobre Groenlandia y si a EE. UU. sólo le preocupa el aprovechamiento que China y Rusia puedan hacer de la nueva ruta transpolar (también llamada Ruta Polar de la Seda para China) y de los

recursos minerales que esconde el subsuelo marino del océano Ártico, entonces no se trata de seguridad nacional, sino del control de minerales críticos y recursos naturales que entran precisamente dentro de un concepto más amplio de Seguridad que es el predominante en la actualidad. En este escenario, Groenlandia dispone, al parecer, de numerosos recursos minerales y energéticos, o al menos hay indicios de que los tiene, aun no confirmados, tanto en su territorio como en su zona económica exclusiva sobre el Ártico y no sería prudente que acabaran en manos de competidores geopolíticos y rivales sistémicos de Occidente. Seguramente esa es la clave de la seguridad en Groenlandia y la que afecta a la seguridad nacional de EE. UU., la anticipación ante los intentos de China de controlar recursos críticos y apoyar el tráfico marítimo de la Ruta Polar de la Seda desde Groenlandia.

Pero la posible anexión sin diálogo de Groenlandia no busca solamente excluir a China y Rusia del acceso a esos recursos o a posibles instalaciones marítimas en su costa, sino que podría quizás excluir a la misma Groenlandia y Dinamarca de esos recursos. Aunque este país parece que ha tenido abandonada a la población groenlandesa durante décadas, por cierto, población que todos juntos cabrían en el Estadio Santiago Bernabéu, y que viven en una reducida extensión al sur de la isla y la explotación de recursos ha sido olvidada.

No cabe duda que la amenaza de anexión por la fuerza, la extorsión a las autoridades groenlandesas y danesas y el anuncio de imponer aranceles a quienes se opongan a la anexión revela un comportamiento prepotente y desconsiderado de la Administración Trump con sus aliados. Pero un acuerdo entre EE. UU., la UE y Dinamarca para la explotación de recursos críticos con tecnología americana y financiación conjunta, y de EE. UU., la OTAN y Dinamarca para el aumento de la presencia militar norteamericana para garantizar la seguridad, parecen dos opciones razonables en las que todos ganan, menos China y Rusia, claro está. Desgraciadamente las posturas están muy alejadas. Sobra esperpento y falta parlamento, sobran posturas rígidas y falta diálogo. Sobra ideología y falta pragmatismo. Trump es un hombre de negocios dirigiendo un país más que un político, por lo que no es descabellado que se pueda llegar a un acuerdo como el indicado. En efecto, en el reciente encuentro del Foro Económico Mundial de Davos, parece que se ha llegado a un acuerdo previo, no conocido aún en detalle ni manifestado en los medios de comunicación, que incluiría acuerdos sobre explotación de EE. UU. sobre minerales, así como una implicación de Groenlandia en el proyecto americano del Golden Dome o sistema de defensa antimisiles. La base de Pituffin tiene como misión principal precisamente esa.

Sin embargo, en la línea de posiciones alejadas y de confrontación, algunos piensan que no se trata de expansión territorial norteamericana como en el pasado mediante compra, extorsión o amenazas, ni de una acción al servicio de la política

exterior o económica de EE. UU., sino exclusivamente al interés comercial de la Administración Trump, llena de intereses comerciales privados, en explotar recursos en Groenlandia que manipulan las políticas y los instrumentos públicos en su beneficio. No obstante, algunos expertos destacan la tremenda dificultad en extraer esos recursos en el 80% permanentemente helado de Groenlandia. Otros van más allá destacando que es completamente descabellada la idea de que esos recursos puedan explotarse fácilmente. Además, por el momento nadie ha comprobado los indicios de existencia de recursos minerales ni las complejidades técnicas para extraerlos con una capa de hielo de casi un kilómetro y en áreas con oscuridad gran parte del año, y si finalmente sería rentable hacerlo. Por ello, da la impresión que la acción de Trump, a pesar del esperpento, está más cerca de la «denegación de acceso a Groenlandia» para China o Rusia que otra cosa. No obstante, parece que las conversaciones en Davos han ido por otro camino.

Para corroborar esa postura, el apoyo de sectores o lobbies económicos, tecnológicos y energéticos a la campaña presidencial del presidente Trump se prorrogó formalmente en la designación de algunos de ellos para cargos en la Administración. Además, el alineamiento de los actores energéticos privados con la política energética del presidente Trump para Venezuela es evidente, quizás para recuperar lo que perdieron por la nacionalización. Todo ello concurre en que los actores económicos y políticos afines a Trump aumentan su poder y los que se oponen a ellos lo pierden. Algo así pasa también en otros países europeos. No obstante, la venezolana PDVSA es una empresa quebrada y mal gestionada, con una enorme deuda de miles de millones de dólares y que necesitaría una inversión extraordinaria para modernizar la infraestructura petrolera. Muchos miles de millones de dólares de inversión antes de sacar beneficios.

En definitiva, esta interpretación del interés económico privado dentro de la Administración Trump, tanto en Groenlandia como en Venezuela, precisará tiempo para madurar, aún es muy endeble, y solo parece haber un patrón de política exterior en el que quizás los intereses económicos privados influyen en las decisiones estratégicas.

Finalmente, algunos legisladores, congresistas o senadores, y académicos de EE. UU. consideran que en Groenlandia se trata de intereses comerciales y no de intereses científicos ni de seguridad, y por ello que no se deben usar fondos federales para anexionar o comprar Groenlandia o hacerlo sin acuerdo con Dinamarca. No obstante, el estatuto jurídico de Groenlandia es el de una **nación autónoma dentro del Reino de Dinamarca**, definida por el Estatuto de Autonomía de 2009 que le reconoce como un pueblo con «derecho a la autodeterminación», otorgándole amplias competencias en política interna, sistema judicial y en particular en el «control de recursos naturales», Dinamarca mantiene la defensa (a

través de la OTAN), la política exterior y la corona danesa como moneda, aunque debe consultar con el gobierno de Groenlandia asuntos de su interés y según indica el estatuto dejando abierta la puerta a una «independencia plena negociada» en el futuro. En ese escenario, me pregunto qué saldría de un referéndum en el que a los groenlandeses se les consultara pasar a ser un territorio autónomo asociado de EE. UU.

Por lo anterior, tengo para mí que la administración Trump, a pesar del esperpento, confrontación y falta de diálogo, está intentando negociar el control de los recursos naturales y la ampliación de su presencia militar en Groenlandia. Para finalizar, permítanme decir que ningún país del mundo se rige por intereses que no incluya los económicos, eso hace que EE. UU. no tenga aliados ni amigos, solo intereses estratégicos y económicos, muy al estilo de Gran Bretaña. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026